

UN SCHILLER PARA LEER EN VOZ ALTA

FRIEDRICH SCHILLER: *Lírica de pensamiento. Una antología*. Introducción, traducción y notas de Martín Zubiría. Edición bilingüe. Madrid, Hiperión, 2009, 318 pp.

El 9 de mayo de 1805 moría Friedrich Schiller, estragado por los dolores de un martirio corporal que había comenzado

en Mannheim, cuando cayó enfermo de paludismo después de haber firmado el contrato con el teatro de esa ciudad, donde estrenó *Los bandidos*, la obra con la que conoció el éxito en 1782. Había nacido en noviembre de 1759.

En el discurso pronunciado en Marbach am Neckar el 23 de abril de 2005,

con ocasión de la inauguración de la exposición especial sobre la vida y la obra de Schiller en el año del segundo centenario de su muerte, George Steiner se pregunta, en medio de la zaragata de los reconocimientos oficiales tributados a la figura del suabo, si su obra sigue ejerciendo alguna influencia en la «situación cultural muchas veces siniestra y perturbada de Europa», si se piensa en él «como se piensa en Hölderlin o en Kafka». Una dificultad para la recepción de Schiller, concluye Steiner, «es el lenguaje que emplea», al que compara con «los frescos mitológicos de Tiepolo». «Durante casi dos mil años la retórica antigua ha dominado el lenguaje artístico de occidente. (...) En esta exuberante celebración de la lengua resplandecen Homero y Virgilio, pero también las versiones de los salmos de Lutero. El problema es que hoy vivimos en un clima radicalmente anti-retórico. (...) Nuestra confianza recae en aquellas voces que se expresan en frases cortas, despojadas, como la de Kafka o la de Beckett, o en la de aquellos que, como Wittgenstein, nos recomiendan guardar silencio. (...) Al contrario que Goethe, Schiller compone para el oído. A menudo esconde el sentido en el ritmo. A Schiller hay que leerlo en voz alta, exactamente igual que hacían los rapsodas de la Grecia antigua. Y después de leerlo hay que aprendérselo de memoria» (*Die Zeit*, 18/2005).

Fiel a este principio enunciado con meridiana claridad por el autor de *Der Meister und seine Schüler*, el profesor Martín Zubiría (Mendoza, Argentina, 1953), se propone en la edición que nos ocupa mantener viva la retórica enfática de Schiller ofreciendo al lector hispanohablante de los albores del siglo XXI una selección de versiones de su *Gedankenlyrik* en la que la fidelidad al sentido lo sea también a las palabras que lo expresan y a la estructura formal que lo sus-

tenta, a la naturaleza rítmica de los poemas. «Porque, para decirlo sin ambages», confiesa en la nota *Sobre los poemas de la antología y su traducción* que sirve de pórtico a este libro, «hemos tenido la osadía, con nuestros pobrísimo arcos y escasas fuerzas, de querer llevar a cabo una traducción poética, que no se limitase a comunicar un contenido ni sirviese sólo de muletas para una lectura del texto original» (p. 14). El traductor hace frente de esta guisa a dos verdades insuficientes que han marcando en buena medida la suerte de estos poemas schillerianos. La primera expresada por un Hegel, el de la *Fenomenología del Espíritu*, al que ya resultaba sospechosa la pretensión filosófica de las cabezas dirigentes del Romanticismo jenense, según la cual «la ciencia sólo puede, lícitamente, organizarse a través de la verdad propia del concepto»; la segunda sentenciada por Mallarmé en la archicitada frase de que la poesía no se hace con ideas sino con palabras.

Schiller, como después Hölderlin, Novalis y Friedrich Schlegel, que seguirán su estela, encarna ese tipo de personaje providencial que concentra sin fisuras la doble condición de poeta y de filósofo, que poetiza cuando filosofa y filosofa cuando poetiza. Reich-Ranicki, el más reputado y controvertido crítico literario alemán contemporáneo, incluye en su canon de la literatura germánica más ensayos del defensor del *homo ludens* —el primero en resaltar, en sus poéticas *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795), que el camino de la naturaleza a la cultura discurre a través del «juego», esto es, de los rituales, de los tabúes y de los símbolos en general— que de Goethe o Thomas Mann. «Para mí es sin duda el más grande de los ensayistas alemanes», remata en una entrevista publicada por el diario *El País* el 6 de junio de 2005. Como *Gedankenlyriker*, Schiller elabora una poesía de lenguaje claro, rica

en imágenes y libre de un conceptualismo hermético; no se trata para él de exponer en forma rimada o ritmada abstrusos conceptos o teorías (no es, entendámonos, un Parménides redivivo), sino de que las imágenes, bellamente expresadas, sirvan de vehículo eficaz para el conocimiento, en consonancia con una exigencia didascálica que hace de esta lírica una verdadera *Lehrdichtung* (poesía doctrinal), entendida al modo dieciochesco como aquella que aun al referirse a experiencias puntuales amplía «su individualidad hasta convertirse en el todo de una idea», en palabras de Wilhelm von Humboldt.

La selección de Zubiría recoge veintidós poemas (incluyendo una colección de *Epigramas* y otra de *Xeniae y Tabulae votivae*) publicados originalmente entre 1776-1778, el período de la juventud del autor, y 1788-1805, el de su madurez; o lo que es lo mismo en términos estético-literarios, desde el *Sturm und Dang* a la nueva clasicidad. Completan el volumen un clarificador epílogo sobre *El verso de Schiller en su lengua* (pp. 247-253) y un meticuloso aparato de 309 notas (pp. 257-316), en el que Zubiría (Catedrático de Filosofía Antigua y Metafísica en la Universidad Nacional de Cuyo) presta al lector atento un valioso servicio, glosando a partir de sus fuentes y con la ayuda de la más reciente literatura especializada esta «lírica de pensamiento», tan rica en referencias a la Antigüedad Clásica.

El libro se abre con *Das Mädchen aus der Fremde* (*La doncella que venía de lejos*), en que la muchacha que viene del extranjero (*aus der Fremde*) no es otra que el genio poético o artístico; prosigue con un poema dedicado a *Rousseau* —que vio la luz en la *Antología del año 1782*, el mismo en que el abarrotado teatro de Mannheim estrenaba *Los bandidos*—, en cuya primera estrofa la solita-

ria tumba del ginebrino, erigida en la Isla de los Álamos de Ermenonville por marqués René-Louis de Girardin, su último mecenas, asume los contornos de un eterno libelo acusatorio contra la Francia pre-revolucionaria:

¡Monumento al oprobio de estos tiempos!
¡Libelo eterno que a tu patria acusa!
Oh tumba de Rousseau, yo te saludo.

Con la oda *An die Freude* (*A la alegría*), de beethovenianas resonancias:

Alegría, centella de los dioses,
tú, del Eliseo hija la más bella,
cruzamos el umbral, ebrios de fuego,
¡oh, celestial!, de tu divino templo.

Con *Die Götter Griechenlandes* (*Los dioses de Grecia*), poema publicado en marzo de 1788 en el «*Teutscher Merkur*» de Wieland y convertido en manifiesto de un culto estetizante a la Antigüedad griega en el que esboza *ad adversum* un diagnóstico crítico sobre las contradicciones de la modernidad, dominada por el materialismo y la utilidad:

¿Dónde, mundo bello, te encuentras? ¡Retorna,
tú de la Naturaleza dulce edad florida!
Ay, sólo en el reino hadado de los cantos
tu pasmosa estela vive todavía.
Se anega en tristeza la campaña yerma,
ningún ser divino a mi vista parece,
¡ay! Del cuadro aquel palpitante de la vida
sólo la sombra quedó.

Con *Die Künstler* (*Los artistas*), donde anticipa poéticamente el pensamiento fundamental de lo que luego será su teoría estética (a través de la belleza caminamos hacia la libertad):

Sólo por el portal matinal de lo bello
en el país entraste del conocimiento.
Para habituarse al esplendor más alto,
en el encanto adiéstrase la mente.

Con *Der Spaziergang* (*El paseo*), un extenso poema elegíaco escrito en 1795 en el que una sencilla caminata por el campo deviene en un paseo por la historia

cultural de la humanidad, transformándose lo que en principio no parece ser más que un poema a la naturaleza en un texto filosófico-histórico de carácter lírico; o con una colección de *Xeniae*, epigramas nacidos de la comunicación con Goethe y concebidos, «en un principio, como una declaración de guerra contra la mediocridad imperante en las letras, contra los numerosos y necios ataques dirigidos contra *Las Horas*, la revista literaria de Schiller» (nota 213, p. 297). Esta magnífica *Lírica de pensamiento* se cierra con un sonado alda bonazo, *Das Lied von der Glocke*, *La canción de la campana*, aparecida en el *Almanaque de las Musas* en el umbral del nuevo siglo. Se trata de uno de sus poemas más ambiciosos y conocidos y el primero en haber sido traducido directamente del alemán al español, en 1843 por Juan Eugenio Hartzenbusch, en una bellísima versión métrica con la que rivaliza en sonoridad y a la que gana en precisión la de Martín Zubiría.

En su *Historia de las ideas estéticas en España*, Marcelino Menéndez y Pelayo, elogiaba así en 1887 *Das Lied von der Glocke*: «sería la primera poesía lírica del siglo XIX, si no se hubiese escrito en el penúltimo año del XVIII, y no llevase impreso el espíritu de aquella era, aunque en su parte más ideal y noble. Toda la poesía de la vida humana está condensada en aquellos versos de tan metálico son, de ritmo tan prodigioso y tan flexible. El que quiera saber lo que vale la poesía como obra civilizadora, lea *La campana*, de Schiller». ¹ O cualquiera de los poemas que tensan este florilegio como las cuerdas de una lira intemporal; y hágalo, a ser posible, en voz alta, como recuerda Steiner que «lo hacían los rapsodas de la Grecia antigua», que en ese empeño ha depositado Zubiría tanto saber como buen gusto.

Anacleto Ferrer
Universitat de València

NOTA

¹ Herbert Koch y Gabriela Staubwasser de Mohorn: *Schiller y España*. Ediciones Cultura Hispá-

nica del Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid 1978, p. 181.